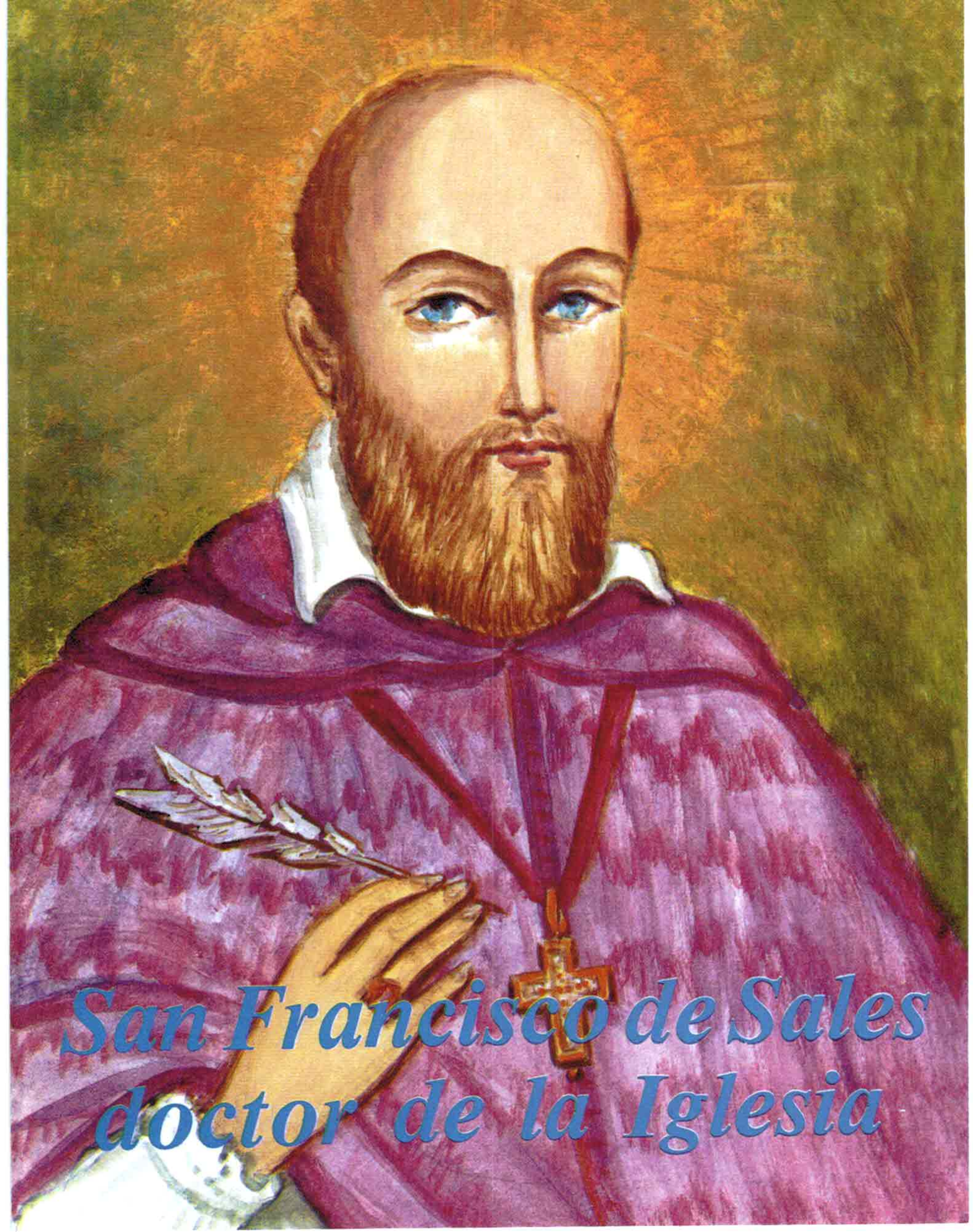


San Francisco de Sales doctor de la Iglesia

SAN FRANCISCO DE SALES
Doctor de la Iglesia

Editorial **APOSTOLADO MARIANO**
Recaredo, 44 - 41003 SEVILLA
Tel.: 954 41 68 09 - Fax: 954 54 07 78 - www.apostoladomariano.com

ISBN: 978-84-7770-392-1 - Depósito legal: GR 61-1998
Impreso en España - *Printed in Spain* - Por: Impresos y Revistas, S. A. (IMPRESA)

Nacimiento de San Francisco

En el Castillo de Sales en Saboya (Francia) vivían los señores de Boisy, modelo de matrimonio cristiano, a quien el Señor les concedió doce hijos, cinco murieron en cuna.

El 21 de agosto de 1567 les nació su primogénito, que andando el tiempo sería el más noble florón de la antigua e ilustre casa de Sales, honor de Saboya, Obispo y príncipe de Ginebra, y una brillante lumbrera de la Iglesia.

Antes del nacimiento de Francisco, la piadosa señora de Boisy, había sentido en su alma, un grato presentimiento de que el regalo que el Cielo le preparaba, sería una bendición de Dios, y llena de alegría le daba gracias sin cesar, por este beneficio.

En una ocasión que fue a venerar el santo sudario, donde estuvo envuelto el cuerpo de Jesús, estando en oración, le ofreció el hijo que esperaba, prometiendo ver en él un sagrado depósito, cuyo único dueño sería JESUCRISTO.

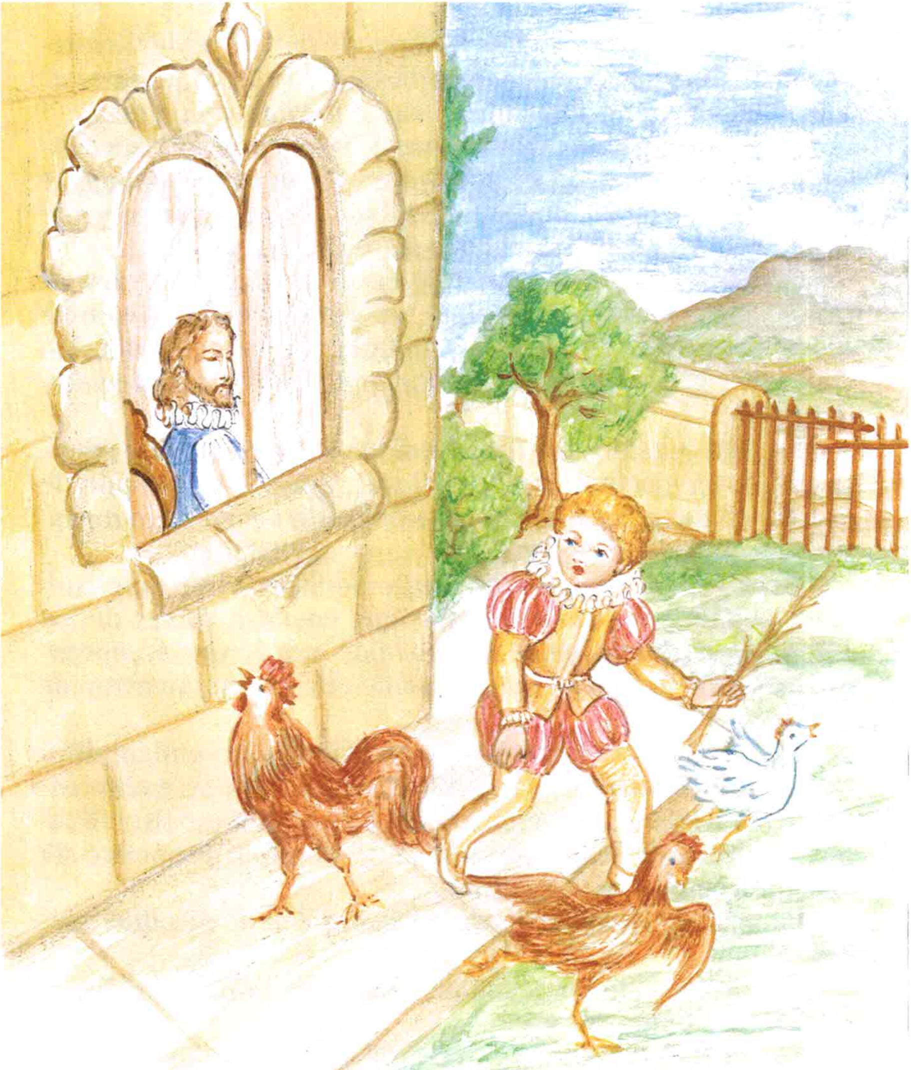
Otra vez, estando en su castillo de Sales, tuvo un misterioso sueño; veía un pastorcillo que corría a través de los campos guardando rebaños de ovejas, por lo que comprendió que sería un Pastor, abrasado de celo por la salvación de las almas.

Siendo sus padres tan buenos cristianos, no podían diferir el Santo Bautismo, y así, al día siguiente de su nacimiento fue bautizado, recibiendo los nombres de Francisco Buenaventura, escogiendo durante su vida a San Francisco de Asís, por su especial Patrono.

Parecía un verdadero ángel, siempre se le vió muy alegre.

Era de cara muy agraciada, rubio, y con unos ojitos azules de muy tierna mirada.

Sus primeras palabras, que dejó admirados a cuantos le rodeaban, fueron: "Dios y mi mamá, me aman mucho".



Infancia

La primera obligación de los padres cristianos, es educar a sus hijos en el santo Temor de Dios, y grabar bien en sus corazones su santa Ley.

Desde que Francisco comenzó a hablar, su buena madre le enseñó a pronunciar con respeto y amor, los dulces nombres de Jesús y de María y a hacer la señal de la cruz.

Aprendió muy pronto el Padrenuestro, Ave María y Credo, así como a rezar antes y después de las comidas.

Cuando terminaba la clase, llamaba con una campanilla a los niños de la vecindad, para recitarles la lección.

Los señores de Boisy le inculcaron tan profundo amor a la Iglesia Católica, y a la piedad, que desde pequeño reveló una gran aversión a los herejes protestantes y calvinistas.

Siendo de pocos años, entró en el castillo de Sales, un señor calvinista y no atreviéndose a despedirlo, ni a desahogarse con él, la empredió con las gallinas, dándole palos y gritando: ¡Fuera de mi casa, herejes, más que herejes, fuera, fuera...!

No podía tolerar la presencia en su castillo de algún enemigo de la Iglesia. Los atacaba sin respetos humanos, citándoles frases de su catecismo para probarles sus errores, y no había otro remedio que encerrarlo en su cuarto, cuando iba al Castillo algunos de estos sectarios, para evitar estos ataques.

Con sólo dos años, encontraba ya, su mayor placer en ir a la iglesia, de la que nunca se cansaba, y en socorrer a los necesitados, especialmente a los niños pobres. Les daba a éstos, todo lo que tenía a mano, si no tenía nada, se volvía a la nodriza, pidiendo limosna para ellos, privándose a veces, hasta de su alimento por remediar su necesidad.

Por su caridad, Francisco manifestaba tener un corazón de oro, y sus padres estaban orgullosos de él.

Un niño angelical

La señora de Boisy aprovechaba todas las ocasiones para imprimir en el alma de su hijo el horror al pecado, y el amor a la virtud, convencida de que durante la infancia, el corazón y la inteligencia, se modelan, como cera blanda para toda la vida.

Un día vio el niño en el suelo la blusa de un obrero que trabajaba en el castillo, y habiendo notado en su botonadura una cinta de colores, la tomó cautelosamente.

El señor de Boisy, informado de ello, interrogó al niño, el que confesó su culpa, muy arrepentido de su falta, y cayendo de rodillas, pidió perdón con tantas lágrimas, que hizo llorar a los asistentes. Sufrió un ligero castigo y jamás volvió a tomar nada, sin permiso, ni una fruta del jardín.

Nunca dijo una mentira, prefiriendo recibir un castigo, antes que evitarlo, encubriendo la verdad.

Se ejercitaba en juegos que procuran un ejercicio físico y terminados éstos, llevaba a sus compañeros a la capilla del castillo, para rezar juntos, o a la iglesia parroquial, donde los ponía alrededor de la Pila Bautismal y les decía: Este es el lugar, que más debemos amar en este mundo, pues aquí hemos sido hechos HIJOS DE DIOS, y después de rodillas todos besaban la pila.

Cuando veía a su buena madre angustiada por algo, la consolaba, diciendo: "Madre mía, acudamos a Dios, y El nos protegerá"; una vez que la oyó exclamar: ¡Dios mío, ven en mi ayuda! Oh sí, madre mía, está muy bien decir eso, repítalo con mucha frecuencia y con todo el corazón, y ya veréis cómo Dios os ayuda.

De este modo, el que debía ser un día el consolador de tantos afligidos, comenzó su caritativo ministerio, casi al empezar a hablar, consolando a su buena madre. Francisco fue para su santa madre durante toda su vida, su apoyo y consuelo, a él acudía en sus penas.

El joven estudiante

Comenzó sus estudios con siete años, primero en el Colegio de la Roche, y luego en Annecy, obteniendo los primeros puestos y siendo un modelo que todos admiraban con respeto. Su sola presencia contenía a sus compañeros en sus riñas, y al verle venir decían: Viene el santo, seamos buenos. A todos daba gusto, a veces a costa del suyo.

Un día su primo Gaspar de Sales, castigado a recibir azotes, lloraba a los pies del maestro; lleno de compasión Francisco, se colocó entre los dos y pidió sufrir la pena del culpable, recibiendo los golpes con gran paz.

Solía decir: "Dios es mi Maestro en la ciencia de la santidad, a El acudo para aprender, pues de nada serviría ser sabio, si no soy santo".

A los diez años recibió con gran fervor la Primera Comunión y Confirmación en el mismo día, en el que decidió consagrarse del todo a Dios. El Obispo de Ginebra que le conocía, le llamaba —el ángel visible de la patria—.

Estudió Retórica y Filosofía con los Jesuitas en Clermont y admitido en la Congregación Mariana, fue la Reina del Cielo, la amada confidente de su vida.

Una vez le instaban sus amigos, a ir con ellos al Carnaval, pero sabiendo los peligros que hay en estas fiestas, no fue, aunque tuvo que sostener una dura lucha contra el demonio, que le decía: ¡Todo es inútil, estás predestinado al infierno! ¡Vendrás allí conmigo!

¡Dios mío! —exclamó Francisco— si no he de poder amaros en la otra vida, que aproveche ésta, aquí abajo, para amaros y serviros!

Atormentado seis semanas, con esta tentación, acudió con una filial confianza a María, Consuelo de los afligidos y ante su Altar repetía: ¡Madre mía, ayúdame en esta lucha y ten piedad de mí!

La paz volvió a su alma. María le obtuvo la victoria.

Declara su vocación

Grandes pruebas encontró Francisco en Padua. Sus amigos viendo que no podían tambalear su virtud, le acosaron con las armas, pero no contaban con que manejaba tan bien la espada, y cobardemente, se dieron a la fuga.

A causa de sus penitencias e intenso estudio, enfermó gravemente, demostrando entonces gran paciencia, y su abandono en manos de Dios, para vivir, o para morir.

Se le oía repetir: ¡Perdona señor mi vida! Hágase siempre tu santa Voluntad.

Y dirigiéndose a su ayo, le dijo: Una sola gracia os pido, —que a mi muerte, se entregue mi cuerpo a los estudiantes de Medicina, para que estudien en él, sin haberlo comprado a costa de riñas y asesinatos, pues ya que soy un siervo inútil, pueda al menos servir de utilidad, después de muerto—.

La Santísima Virgen se inclinó de nuevo sobre su fiel hijo, curando milagrosamente, y pudo proseguir sus estudios. Nunca dejó de honrarla, rezando todos los días el "Acordaos" y el santo Rosario, que tanto recomendaba.

Fue el estudiante más notable de la Universidad de Padua y con 25 años entró como abogado en el senado de Saboya, donde los senadores le recibieron con júbilo.

Al volver a Annecy, tropezó su caballo tres veces, cayendo Francisco, y las tres veces, la espada que llevaba, salió por sí sola, de la vaina, formando con ésta, una cruz perfecta; prodigio que él interpretó como un aviso de Dios, de que lo quería sacerdote.

No quiso aceptar en matrimonio a una joven, que su padre le propuso, a pesar de su nobleza y cualidades, contrariando al Sr. Boisy, al que de rodillas pidió le concediera la sola cosa que deseaba en este mundo: CONSAGRARSE A CRISTO.

Como Jesús... Francisco crecía en edad, sabiduría y gracia, delante de Dios y de los hombres.

Sacerdote de Cristo

Al mismo tiempo que Francisco se preparaba para el sagrado ministerio, se entregaba al servicio de las almas, con preferencia asistía a los pobres, y buscaba a los que sus llagas hacían más repugnantes.

Desde que vistió la sotana (que su buena madre le había hecho a escondidas) renunció ante notario a sus títulos de nobleza y a sus derechos de progenitura, proclamando que el Señor, era su única herencia, y se puso en manos del Obispo.

Comenzó a trabajar en el Chablais, defendiendo a los católicos saboyanos de los herejes y atrayendo a éstos al único redil de Cristo.

Su vida estuvo muchas veces en grave peligro, por lo que su padre, temiendo perder al hijo de sólo 26 años, se dirigió llorando al Obispo de Ginebra, diciéndole: "Yo di permiso a mi hijo, para que sirviera a la Iglesia, pero no, para que lo devoren los lobos calvinistas".

Viajaba a pie, solo, con poco dinero, atravesando pueblos y aldeas, visitando chozas, enseñando a todos y volviendo muchas ovejas descarriadas al aprisco.

Un día en mitad de un bosque, vio venir hacia él, una manada de lobos furiosos, que corriendo por la nieve se le acercaban y para librarse de ellos, tuvo que trepar a un árbol, sujetándose con un cinturón, para no caerse.

Por la mañana unos campesinos le encontraron medio muerto, por el frío que había soportado toda la noche.

Los lobos carniceros, que esperaban darse un suculento banquete a costa de Francisco, tuvieron que ayunar aquel día.

Le miraban muchos admirados, y decían ¿Quién es ese sacerdote papista?

¿Será verdad lo que se oye, que es un noble, que lo ha dejado todo, para hacerse sacerdote?

Misionero del Chablais

Hacía más de 50 años, que los protestantes se habían apoderado de la región del Chablais, y era difícil establecer allí la Religión Católica, por el peligro que encontraban los misioneros, por los fanáticos herejes.

Los sermones de Francisco herían a protestantes y calvinistas, que se encendían contra él, considerándolo como un seductor e hipócrita.

En todas las épocas de la Historia, los impíos rechazan la vida santa de los justos, que pone en evidencia su mala conducta.

Igual que a Cristo, trataban de quitar de en medio a aquel celoso misionero, que como Cristo, pasaba haciendo el bien a todos; no lograron verlo muerto en cruz, pero lo intentaron, por otros medios, pues le estorbaba.

Pagaron a dos asesinos, para que lo matasen en una emboscada, y cuando una noche volvía de Thonón, le salieron al encuentro los dos criminales, que con espada en manos, se arrojaron sobre él.

Su fiel servidor Rolando, que por mandato del Señor de Boisy, acompañaba a Francisco en sus correrías apostólicas, se interpuso, pero éste, con la paz que le caracterizaba, miró amablemente a aquellos desgraciados, y con muy dulces palabras los disuadió de su intento, y los dos arrodillados a sus pies, le pidieron perdón arrepentidos.

Se vio muchas veces privado de alojamiento y del sustento necesario y tanta fue su pobreza en ciertas ocasiones, que después de un día lleno de fatigas y peligros, el ex-varón de Villaroget, el ilustre abogado, que había renunciado al escaño del senado, tenía que dormir en un pajar, o en un horno.

Entonces se le oía repetir: "Señor, dame almas y quítame todo lo demás".

¡Qué feliz sería de poder derramar mi sangre por salvarlas!

El taumaturgo

La fama de santidad traspasó muy pronto los confines de Saboya, y sus milagros se multiplicaban.

Los mismos dignatarios de la Iglesia, quisieron averiguar el secreto de una vida tan santa.

A un Cardenal que le preguntó, Francisco le contestó: No hay secreto alguno, Eminencia; sólo trato de imitar la mansedumbre de Jesús. Tenéis razón, le dijo el cardenal, vos mismo lo habéis escrito en vuestro libro "LA VIDA DEVOTA".

En él leemos... "Es nuestra obligación impedir el mal y corregir el vicio; siendo en esto constantes y enérgicos, pero hemos de hacerlo con modos suaves. No hay nada que amanse tanto a un elefante enfurecido, como la vista de un cordero.

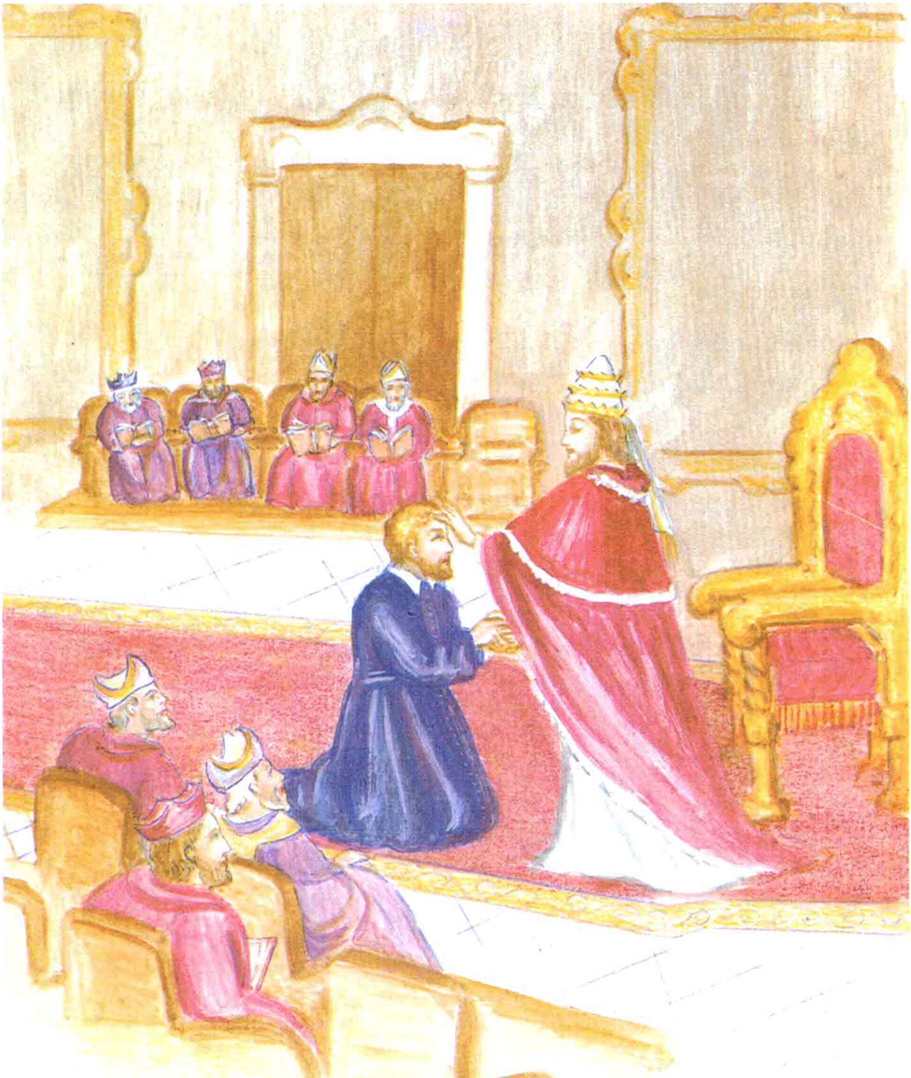
En cierta ocasión, una mujer que aunque protestante, estimaba mucho a Francisco, tuvo un hijo, al que dilató al Bautismo, y en esta dilación, se le murió de repente.

Afligida e inconsolable por haber cerrado las puertas del Cielo a su hijo, corrió a los pies del hombre de Dios bañada en lágrimas, y poniendo en tierra el pequeño ataúd. ¡Volvedme mi hijo —exclamaba— al menos, el tiempo suficiente para recibir el Bautismo, y me haré católica!

Conmovido Francisco, mezcló sus lágrimas con las de la madre y de rodillas, rogó a Dios tuviera compasión de madre e hijo. Al acabar la oración el niño abre los ojos y recobra la vida. Lo bautizan, vive dos días, en los que fue visto por todos y toda la familia se hace católica.

Otra vez se presentó una madre, llevando en sus brazos a su hijita, que con fiebre contínua estaba en peligro de muerte; Francisco la bendijo y dijo: "Dios os cure, hija, y al punto sano".

De igual modo sanó a un enfermo desahuciado de los médicos, a cuya esposa deshecha en llanto, le dijo: "No lloréis, roguemos a Dios, y curará, y a los pocos días, sanó".



Modelo de Obispos

Los herejes no asistían a sus sermones, por lo que se valió de un medio para que todos conocieran sus enseñanzas, que fue escribirlas en hojitas, que esparcía por calles y casas. Para ello, robaba las horas al sueño, y escribiendo la Palabra de Dios, la difundía, metiéndolas por las rendijas de las puertas.

Estos folletos despertaron la curiosidad de los herejes, comenzaron a asistir a sus explicaciones y pronto acabaron por convertirse al catolicismo, por lo que en pocos años devolvió una provincia entera a la Iglesia católica.

Francisco viaja a Roma y el Papa le recibe en audiencia; después preside su examen de Teología, y habiendo quedado prendado de sus respuestas, le dice: Ningún examen hasta hoy, me ha agradado tanto como éste, y bajando del trono Pontificio, le abraza, diciéndole en voz alta: Bebe hijo mío, de las aguas de tus cisternas y de la fuente de tus pozos; haz que la abundancia de tus aguas se derramen por las plazas públicas, para que todo el mundo pueda beber y apagar su sed.

Y es que con sus 45 respuestas, tan llenas de claridad y solidez, había dejado admirados a los examinadores.

Por eso, a nadie extrañó, que la Santa Sede, hiciera en 1602 Obispo de Ginebra a Francisco de Sales, con sólo 30 años de edad.

El Rey de Francia, Enrique IV, dijo: "El Obispo de Ginebra tiene todas las virtudes, sin un solo defecto", y prendado de su conducta, quiso retenerlo en París, prometiéndole elevadas dignidades, pero Francisco le contestó: "Estoy desposado con una pobre dama, que es la "Diócesis de Ginebra" y por nada del mundo, me separaría de ellas".

Muchos le vieron al terminar un sermón, encendido como un serafín, rodeado de luz, que proyectaba por todas partes rayos deslumbrantes, en una súplica al Padre del Cielo.

Francisco de Sales, fundador de la Orden de la Visitación

Hacía largo tiempo que el corazón compasivo de Francisco, sufría por aquellas personas que suspiraban por la vida religiosa y no tenían salud para abrazarla por sus muchas austeridades y penitencias.

Por ello deseaba fundar una Congregación en que los defectos se reformaran y las virtudes se adquirieran, más por el amor, que por el rigor de la mortificación.

Estando un día en la Capilla del Castillo de Sales, tuvo una visión: una señora enlutada, estaba a los pies de una cruz rodeada de dos jóvenes y un árbol extendía sobre ellas sus ramas, y al mismo tiempo, oyó una voz que le decía: "Estas serán las primeras religiosas, de la Orden que Dios quiere que fundes".

Pocos días después, mientras predicaba en Dijón, vio enfrente del púlpito una viuda, que devotamente le escuchaba, y reconoció era la que había visto en la visión.

Conoció pues a JUANA FRANCISCA FREMIOT, VARONESA DE CHANTAL, que había quedado viuda con varios hijos.

Juana Francisca, hoy día, santa, tuvo revelación del Cielo, de ser aquel, el Maestro espiritual que Dios le destinaba y aceptó sus planes, para la obra que proyectaba, cuando, resolvió el porvenir de sus hijos.

El día de la Santísima Trinidad, fiesta de San Claudio, 6 de junio de 1610, comenzó la Orden de la Visitación de Santa María (llamada en España, Salesas).

Esta fundación tan amada del Obispo de Ginebra, fue una de las más puras glorias del santo Fundador.

La santidad que Francisco de Sales propone a sus hijas es la perfección del amor y el hacer siempre la VOLUNTAD DE DIOS, con alegría, y quería no se manifestara al exterior, sino por la dulzura, la condescendencia, la afabilidad, la sencillez y humildad...

Flores de virtudes

Quedaría imperfectamente dibujado lo que fue Francisco de Sales, si no dijéramos algo de las sublimes virtudes que practicó en grado heróico, sobre todo de su caridad, humildad, dulzura y bondad.

Su corazón se abrasaba de amor a Dios y a los hombres, a todos consideraba hermanos y a ninguno tuvo nunca por enemigo, a pesar de que a veces, pusieron su vida en peligro, y en pago, recibieron de él, muchos beneficios, porque quería siempre devolver bien por mal.

Una vez, para ir al país de Gex, que fue de sus campos de apostolado, se vio obligado, a atravesar la ciudad de Ginebra, donde tenía enemigos encarnizados, que le buscaban, y con su traje morado de Obispo y rodeado de doce hombres a caballo, llegó a la puerta de la ciudad donde el oficial de guardia, preguntó a éstos, quién era el señor a quien acompañaban.

Instruidos por Francisco, contestaron: "Es el Obispo de la Diócesis". No conozco ese país, y le dio paso libre.

El espíritu de Dios, que es todo caridad, se le había comunicado profusamente, como lo demuestra su libro "Tratado del Amor de Dios", que según confesó lo había escrito tanto sobre su corazón como sobre el papel.

Un día 25 de marzo, cuando se preparaba a escribir, Dios hizo bajar del cielo un globo inflamado que le rodeó con sus llamas, sin quemarle, quedando su rostro resplandeciente como un astro, mientras su corazón se inflamaba.

Al entrar en el cuarto donde escribía, su hermano Luis fue testigo de este prodigio.

El Papa León XI lo pensaba elevar al cardenalato; al saberlo Francisco dijo: si estuviese separado tres pasos del capelo cardenalicio, no daría ni uno, para ir a tomarlo.

¡Quisiera que mi ropa se enrojeciera sólo, con mi sangre derramada por la conversión de los pescadores!

Santa muerte

Cuando iba a Annecy el Obispo de Ginebra, se hospedaba en la casa del jardinero de la Visitación y decía: "Nunca estoy mejor, que cuando estoy menos bien".

Este hombre, de quien San Vicente de Paúl había dicho: "Cuan bueno y suave debe ser el Señor, puesto que el Obispo de Ginebra, lo es tanto", tocaba ya a su fin, y Dios le tenía preparada la corona de los santos.

Al marchar de Annecy la última vez, bendijo a sus hijas de la Visitación diciéndoles. "Os dejo mi espíritu y mi corazón" y os doy por testamento —NADA PEDIR, NADA REHUSAR—; "estad siempre dispuestas a lo que Dios y la obediencia quiera de vosotras. Que vuestro único deseo, sea amar a Dios".

Murió el día de los Santos Inocentes, cuando los asistentes decían la invocación "Santos Inocentes, rogad por nosotros", el alma pura y sencilla de aquel dulce Francisco de Sales voló a abismarse en el seno del Padre, Dios.

Sus últimas palabras fueron: mi alimento es hacer lo voluntad de mi Padre; pronunció el nombre de Jesús, levantó los ojos al Cielo y expiró. Tenía 56 años de edad.

Al abrir su cuerpo para embalsamarlo, se encontró su hiel dividida en 300 piedrecitas, en forma de rosario de colores, que los médicos atribuyeron a la continua violencia hecha por conservar siempre la misma dulzura.

El Papa Alejandro VII lo canonizó en 1965; su sagrado cuerpo se venera en la Basílica de Annecy, junto al de la Fundadora de la Visitación de Santa María.

ESTE ES EL GRAN FRANCISCO DE SALES, EL APOSTOL DE CHABLAIS, OBISPO DE GINEBRA, FUNDADOR DE LA VISITACION, EL SANTO DE LA DULZURA, AUTOR DE LA VIDA DEVOTA Y DEL TRATADO DEL AMOR DE DIOS, DOCTOR DE LA IGLESIA Y PATRONO DE LOS ESCRITORES.

9 788477 701231